

Rogelio Fernández Güell

Poesías



Rogelio Fernández Güell

† 15 de Marzo de 1918



Prólogo

A un cariño fraternal, mutuamente sentido, sin desmayos, durante toda la vida, debo el ser ahora el prologuista de ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL. Nó a mis escasas luces, ni aún siquiera al estrecho parentezco que con él me ligaba, ni al que con su digna esposa me liga, atendió esta señora para confiarme el depósito de los manuscritos de Rogelio y el volumen único de poesías a que se refiere el poeta, en su *testamento literario*.

Del citado volumen son la mayor parte de las que ahora en éste se publican, desconocidas o casi desconocidas antes de ahora, por los motivos expuestos en dicho testamento.

Será para muchos lectores, amigos de Rogelio, una revelación la presentación de éste como poeta. Sus actividades se externaron, de preferencia, en la arena política y en el periodismo, y aún el que estas líneas escribe, obedeciendo a la opinión general, se acostumbró a considerar y apreciar en él, más al correcto y atildado periodista, al elocuente orador político y al sesudo filósofo que al fácil e inspirado rimador. Digo rimador adrede y no poeta, porque esto último lo fué siempre Rogelio, tanto hablando desde la tribuna política como escribiendo desde las columnas de los muchos periódicos en los cuales colaboró durante su tan corta como activa vida.

En él, ser poeta era algo constitucional. Lo era porque sentía la poesía vivamente y había recibido del Cielo ese dón que en vano procuran adquirir los que llegan sin él a la tierra, y que consiste en la facilidad para externar la poesía sentida, por medio de la palabra, ya hablada o ya escrita.

Cantaba porque sí; porque era ésa condición de su sér. Porque sentía la vida como la siente el poeta y todo en ella, aún su misma negación, la muerte, le impulsaba al canto. Él mismo lo dice en aquellos versos:

Canto porque sueño: porque soy poeta;
 porque mis ideas brotan de un lado;
 porque bermellones hay en mi paleta
 y aromas en mi alma, sonidos y luz.
 Canto porque canto: porque de mis labios
 se desprende el verso; tal es la razón.

¿A cuál de los géneros de poesía pertenecen los versos de Rogelio? Si fuese posible dar a todos ellos una calificación común, resultante de la característica sobresaliente en los mismos, no vacilaría en decir que al lírico; aunque en algunos de ellos retoza la Musa picaresca y en muchos otros se advierten sonos de la trompa épica. Pero, se nota mayor espontaneidad en sus poesías líricas, más corrección natural, más sentimiento, en una palabra: más poesía. La que lleva por título: *El Idilio*, es a mi ver, una de las mejores en su género, aunque tal vez el poeta no lo creyera así. Tampoco creyó nunca Cervantes que *El Quijote* fuera su obra maestra, y así consideraba como superiores su *Galatea* y aún su *Pérsiles y Segismunda*. No es el autor, siempre, el mejor juez de sus obras. Por otra parte, tampoco yo doy mi opinión como la de un maestro en el arte, ilejos de mí tal pretensión, sino como la de uno de tantos lectores, que tiene sobre los demás la única ventaja de la prelación en la lectura, y la circunstancia, no sé si favorable o desfavorable para un buen juicio, de haber leído esas poesías con especial dedicación y cariño, por motivos que tienen sobrada explicación en el afecto profesado al autor.

Más fácil es tal vez, sin que esto lo sea mucho, deducir de la lectura de los versos que contiene este volumen, las influencias literarias a que obedeció el autor. Nótese en unas un modo de sentir y de expresar a lo Víctor Hugo, como en varias de las estrofas de *Los Andes* y en la titulada: *Dios*. En las poesías filosóficas, que formarán, Dios mediante, otro volumen, se deja con más fuerza sentir la influencia Víctorhuguiana.

En cambio, en las más, se ve la influencia de Espronceda, querida y buscada francamente. En algunas, la imitación llega a ser tan perfecta que se confunde con el mismo modelo. Tal sucede en *Un delirio de Espronceda*, en la cual el autor imita con gran felicidad todos o la mayor parte de los metros, rimas, ritmos y expresiones del gran romántico.

Tan diversa influencia tiene clara explicación: Rogelio, como todos los estudiantes de su época, tuvo la desgracia de recibir aquella mentirosa enseñanza que en aulas y libros se impartía no ha mucho aún, en casi todas nuestras Américas, y según la cual, España era una nación semibárbara de la que nada o casi nada podía aprenderse y Francia la monopolizadora del buen gus-

to, de las artes, de la civilización y por ende, de la literatura. De conformidad con tales ideas, en libros extranjeros aprendíamos la historia de España, y libros de autores extranjeros, especialmente franceses mal traducidos al castellano, eran los que llegaban a nuestras manos. De ahí, un culto casi idolátrico para Francia y un afán en nuestros principiantes literatos por imitar, sin selección, a los autores franceses como dechados de gusto y de saber, sin tener en cuenta la diferencia de espíritu de las lenguas, que hace imposible la perfecta adaptación de las bellezas de una literatura extraña, a la nacional, ni las peculiaridades del mecanismo idiomático que convierten fácilmente en ridículo en castellano aquello mismo que es tal vez sublime o cuando menos correcto en francés.

Y menos mal cuando el modelo aceptado era de la categoría sin par de un Víctor Hugo, porque en ese caso, si bien la adaptación tenía que ser imposible, a menos de haber sido dotado de un genio como el del inmortal francés; cuando menos, con tal modelo debía despertarse en el lector, por poco que su alma fuese sensible al sentimiento de la belleza, el gusto estético y el amor a lo excelso.

Y en la elección de sus lecturas fué favorecido, Rogelio, por su innato buen gusto y por las circunstancias. El primero le hizo rechazar las novelas adocenadas y pornográficas de la literatura francesa de su tiempo, y encariñarse con Víctor Hugo, Lamartine, Chateaubriand y con el buen escritor pero parcialísimo historiador Thiers.

Como uno de los recuerdos de mi primera juventud, guardo el del adolescente Rogelio, economizando las monedas que le regalaban para menudos gastos sus familiares, con el fin de llegar a reunir \$ 25.00, precio de una edición de lujo de *Los Girondinos*, que había visto expuesta en la vitrina de una de nuestras librerías. Aún recuerdo el semblante de aquel párvulo, radiante de alegría, cuando llegó a mostrarme el precioso libro, comprado a costa de no pocos afanes. Esa adquisición colmaba sus anhelos. En compañía de Vergniaud, Barbaroux, Roland y demás idealistas de la Revolución, iba a pasar encerrado largos días que a él se le antojaban muy cortos. Quien tan bien sabía sentir el espíritu, poetizado por Lamartine, de los Girondinos, qué mucho que rodeara todos los actos de su propia vida política del más puro idealismo?

Que las circunstancias fueron parte para arrancar a Rogelio de la influencia unilateral de la literatura francesa, dije, refiriéndome al viaje a España que emprendió a principios de 1904; viaje a que le obligó, en cierto modo, la actitud asumida por el Gobierno de entonces en materia de prensa.

Veinte años contaba entonces. Una feliz casualidad quiso que por la misma época, tuviera yo en proyecto un viaje a la Península y nos pusimos de acuerdo para efectuarlo en compañía. Juntos recorrimos las principales ciudades de la Madre Patria, y aquellos quince meses pasados en distintas poblaciones recorriendo todas las líneas férreas, subiendo en variados vehículos a los pintorescos pueblos de las montañas andaluzas y catalanas; dejando en un lugar la pesada diligencia, para tomar en otro la pequeña diablo, la ligera tartana, el funicular o el tren de cremallera, son meses que muy gratos recuerdos han dejado en mi vida.

Creo que él pudiera decir otro tanto, y tal vez por doble motivo: en Barcelona le presenté a mi familia paterna entre cuyos miembros se contaba la que había de ser, dos años mas tarde, compañera de su vida y madre de los tres hijos que le concedió la Providencia.

En Madrid, adonde se dirigió cuando regresé a mis lares americanos, anudó relaciones con varios distinguidos literatos, que son hoy honra y prez de las letras hispanas.

De esos dos primeros años de su estadía en España (1904 y 1905) son la mayor parte de las poesías que forman el presente volumen. Ya en ellas se nota la influencia de la literatura Española. Y se nota, también, la fuerza de aquel cariño inquebrantable que profesó a la Patria de sus mayores y en especial a aquella hermosa región de la misma (Cataluña) que le dio esposa y en cuya capital había de nacer uno de sus hijos. De ese cariño a España, son galana muestra las composiciones que figuran en esta colección bajo los siguientes títulos: "La Musa Americana", "A Mercurio," y otras que figurarán en el próximo tomo de las obras de Rogelio.

Olvidaba mencionar otra de las influencias que en temprana edad, influyeron en la formación de Rogelio. Me refiero al Quijote, libro que leyó desde muy joven y al cual profesaba particular veneración. Era su Biblia. Recordaba en sus menores detalles todos los episodios del maravilloso libro y se complacía en citar de memoria sus más importantes pasajes. Su lectura le sugirió el título y la forma de su primera obra periodístico-política: "Los Quijotes de mi tierra", que había de dar con él en la cárcel.

Pero, aparte de esas influencias, hay en las poesías de Rogelio un sello particular, y así muchas de ellas resisten a toda clasificación de escuela: son suyas, son de estilo propio. Véase "Petronio", "El Jilguero", "La niña".

También pagó tributo, la Musa de Rogelio, a la poesía popular: en el Folk lore Costarricense, pueden figurar, sin desdoro para unas ni para otras, al lado de las "Concherfías" de Aquileo

Echeverría, la "Serenata" que aparece en este volumen y los versos del poema "Lola", última o penúltima producción del llorado vate.

"Lola" fué publicado en un tomito, en días que siguieron muy de cerca a la muerte de Rogelio, por disposición del que estas líneas escribe, que creyó con la prematura publicación, evitar que apareciese más tarde con la firma de algún poeta poco aprensivo. El hado que perseguía a Rogelio, fundamentaba tal suposición: fué despojado en vida de sus bienes materiales y podía también serlo en muerte, de sus bienes intelectuales. El caso de Cirano de Bergerac no es único en la historia literaria.

El poema conquistó pronto tal popularidad que en menos de un mes se agotaron tres ediciones, y que hoy se siente la necesidad de otra nueva, la cual publicaremos en breve, con el atildamiento que no pudieron llevar las anteriores, por razones de premura, y con las anotaciones y léxico necesarios para la mejor comprensión, por parte de los extranjeros, de los provincialismos y modismos de ese precioso cuadro de costumbres populares.

Y, paso a terminar este desbalazado prólogo con una breve biografía de Rogelio, la cual me prometo dar *in extenso* cuando las condiciones políticas lo permitan:

Nació el día 4 de mayo de 1883. Después de las clases primarias pasó a las aulas del Liceo de Costa Rica, regentadas entonces por el literato don Carlos Gagini. Dejó trancos sus estudios oficiales sin haber alcanzado el bachillerato, mal avenido con la imposición disciplinaria de la legión chilena que reemplazó al señor Gagini en la dirección del Liceo.

Este incidente de su vida le permitió dedicar la mayor parte de las horas del día a su pasión favorita: la lectura. Se encerró en la biblioteca de su padre, la cual como de persona tan instruida y amante del saber como el General Fernández, era selecta y nutrida, y en ella, rodeado de sus queridos libros, olvidándose de todo y olvidado de todos, abrió su privilegiado espíritu a cuantas corrientes de saber podían fluir de aquellos viejos libros, que le comunicaron aquel sello de seriedad y mesura que desde muy temprana edad conocimos en Rogelio.

Principista convencido, en todo tiempo, ni a la política, ni a la literatura, ni a la sociedad pagó contribución alguna que reñida fuera con sus ideales. Pudo por la clase social a que pertenecía, por su no común ilustración y por sus dotes de escritor y de orador, granjearse en repetidas ocasiones una alta posición, tanto en su tierra como en el extranjero, pero su acerado carácter, su rectitud puritana y su odio al oportunismo le impidieron llegar unas veces y otras le obligaron a sacrificar lo conquistado en buena lid, en aras de un principio, de un ideal.

En 1901 fundó "El Derecho", en unión de su hermano Víctor, como adalid de los principios netamente republicanos y como estandarte a cuya sombra pudiesen refugiarse los ciudadanos que no pactasen con la transacción política que dió nacimiento al partido Nacionalista. Aquel grupo de jóvenes rebeldes que rodeaba a Rogelio, y que en nombre de la pureza del ideal y de la integridad de los principios, osaba enfrentarse al Gobierno constituido y a los «Olímpicos», notabilidades consagradas por la opinión pública, fué mirado al principio con despectiva conmiseración; y sin embargo, en pocos días la fuerza del ideal y el poder de la palabra y de la pluma, debían convertir al pequeño grupo en un poderoso partido político que a los dos meses de constituido disputaba el triunfo, en las urnas electorales, y ponía en grave riesgo de derrota al poderoso partido Nacional. No puede haber nadie, que en conciencia, niegue a Rogelio sino todo, gran parte del mérito de aquella empresa política, y a los brillantes artículos de su pluma el auge que en breve adquiriera "El Derecho".

Esa campaña periodístico-política originó su viaje a España, según dejo referido en otro lugar. De la Península salió para Méjico en 1906 y allí tuvo ocasión, gracias a la identidad de ideas filosóficas, de entrar en relaciones muy cordiales con el Ministro de Relaciones, licenciado don Ignacio Mariscal, quien como fino apreciador del valer de los hombres, dio su merecido apoyo al joven literato, colocándolo, primero en el Observatorio Astronómico de Méjico, y nombrándolo poco después Cónsul de Méjico en Baltimore. Desempeñó algo más de dos años tan importante puesto, que tuvo que abandonar en virtud de una nueva ley que exigía la adopción de la ciudadanía mejicana, para poder desempeñar los puestos consulares.

En referencia a este incidente de su vida diplomática recibí una carta de él, que muestra sus puritanos y al parecer de algunos, quiijotescos sentimientos. En ella me decía: "Con gusto aceptaría la nacionalidad mejicana, por que pienso que un latino americano está en su propio país en cualquiera de las Repúblicas del Mundo de Colón y por que Méjico es para mí una tierra tan querida como aquélla en que vi la luz; pero no me avengo a renunciar a mi nacionalidad por conservar una posición. Si esa renuncia me fuera pedida por que así lo requiriese la salud, el bienestar o la prosperidad de Méjico, en el acto me hubiera sentido mejicano...."

—¡Quijotismo!—Talvez!—De ese quiijotismo iban impregnados todos los actos de Rogelio; ¡bendito quiijotismo!

A su regreso a Méjico, tuvo ocasión de prestar sus servicios a su segunda patria y a la causa de la libertad, saliendo co-

mo comisionado del Gobierno Provisorio a tratar con el adalid de la Revolución, don Francisco I. Madero, sobre la manera de reconstituir el Gobierno Constitucional. Mucho ayudó a Rogelio, en su misión, su antigua amistad con el héroe mejicano, su hermandad de creencias y sobre todo la identidad de pureza en ideales e intenciones.

Firmado el tratado entre Madero y el Gobierno Provisional y triunfante poco después la candidatura del primero, éste nombró a Rogelio Jefe del Departamento de Publicaciones del Museo, y a poco, Director de la Biblioteca Nacional; la cual, como es sabido, es una de las mejores del mundo latino. Este último puesto lo conservó hasta el momento en que, víctima de asquerosa traición, cayó bajo las balas de los asesinos, el campeón de las libertades Mejicanas.

Este trágico suceso obligó a Rogelio a salir precipitadamente de Méjico, aunque no sin haber cumplido antes con los deberes que de su amistad e hidalguía, pedían sus propios sentimientos y la viuda del ilustre victimado.

No sin peligro de sucumbir en las acechanzas que le tendió el asqueroso victimario, pudo embarcar con su familia, con rumbo a Costa Rica, a donde llegó en marzo de 1913.

Ya en su tierra púsose al frente de "El Republicano" y entró de lleno en la política del país.

Al año siguiente, en virtud de la evolución conocida con el nombre de "28 de Abril", subió al poder el Licenciado don Alfredo González Flores, en cuya administración colaboró como subsecretario en las carteras de Fomento y de Gobernación, como Director General de Correos y como Censor de Teatros. Estos dos últimos puestos los desempeñó ad honorem en vista de la aflictiva situación del Tesoro.

Durante esta administración formó parte, como Secretario, de la Embajada diplomática que nuestro Gobierno acreditó ante los de Argentina, Brasil y Chile.

Como gañana muestra de su esfuerzo periodístico fundó y dirigió "El Imparcial", al cual imprimió desde su fundación, su corrección de procederes, la alteza de sus miras, la pureza de sus ideales patrios y el culto que él mismo profesaba a España y a los pueblos de su raza.

Y esta fué la última actividad de Rogelio en el campo de la palabra escrita. De su actividad parlamentaria, de su gestión política y de los trágicos acontecimientos que culminaron con su muerte, ni quiero, ni talvez me compete hablar ahora.

Son tan recientes esos acontecimientos que no es posible referirse a ellos, sin que sangren de nuevo las aún frescas he-

ridas que produjeron. Mi misión por ahora se reduce a delinear una semblanza de Rogelio, tan imperfecta como es lógico esperar en estos momentos, y a presentar al público sus creaciones poéticas.

Si su lectura produce en los demás, semejante impresión a la que yo recibí con ella, tendré por buena la siguiente reflexión: "La muerte de Rogelio quitó a la Patria y a las letras castellanas una hermosa realidad del presente y una legítima esperanza del futuro".

TOMÁS SOLEY GÜELL

San José, 4 de mayo de 1918.



Mi testamento literario

Circunstancias especiales me han impedido desarrollar concepciones literarias tan vastas que ocuparían toda una vida.

Dejo impresas, con numerosas erratas (literarias, científicas y de imprenta):

«*Psiquis sin velo*»;

«*Lux et Umbra*»;

«*Episodios de la Revolución Mejicana*»;

«*La Clave del Génesis*» y

«*Plus Ultra*».

«*Los Andes y otros Poemas*» fué impreso en la Imprenta del Museo Nacional de Méjico. No se llegó a tirar el último pliego. El nuevo Ministro de Instrucción Pública (de Huerta), ordenó que fuese destruida la edición. Y lo fué.

En Barcelona intenté también que se publicase una selección de mis poesías. El tomo de prueba que se me envió a Baltimore, contenía tantas erratas que no autoricé su circulación. Un ejemplar (único) queda en poder de mi señora. De él muy pocas poesías vale la pena de conservar; quizás la «*Introducción*», «*Canción de amor*», el poemita pastoril «*Clarín y Filena*», «*Un delirio de Espronceda*», «*El Idilio*», «*La Serenata*» y algún soneto.

Mis poesías filosóficas de por sí pueden quizás constituir un volumen. Están desparramadas en periódicos y revistas espiritistas. Hé aquí la lista: «*Gritos de angustia*», «*La visión*», «*Contemplación I*», «*Contemplación II*», «*Contemplación III*», «*Dios, (de Víctor Hugo)*», «*Se construye una Iglesia, (de Víctor Hugo)*», «*A Kardec*», «*A Próspero*», «*Eheu*»

«Fugaces», «Póstumel...» «Ante la tumba de Manuel Aragón», «A la memoria de doña Amalia Domingo Soler», «Cuando yo muera», «Contraste, (o las Gaviotas), «Mi epitafio, (de Lord Byron). etc. Todas estas composiciones fueron publicadas en «Los Albores de la verdad», «Luz y Unión» de Barcelona (Casa Editorial Carbonell y Esteva), y en «El Siglo Espírita», (después «Helios» de Méjico, Organo de la Federación Espírita, que estuvo bajo mi dirección).

En Méjico se me quedó inconclusa (por cierto cuando iba a entrar en la parte más interesante) una obra titulada: «La Magia y el Espiritismo en las obras de William Shakespeare» ¡Lástima!, el Hamlet me ofrecía un material abundante e inmejorable para el desarrollo del tema. Se publicó hasta la página 40 en el folletín de «Elios».

Mis artículos que merezcan la pena de conservarse, están desparramados en «El Tiempo», «El Día», «El Derecho», «El Republicano» y «El Imparcial» de Costa Rica, y en «El Amigo del Pueblo», y «La Epoca» de Méjico. También publiqué algunos en «Luz y Unión» y «Los Albores de la Verdad» como «Thanatosis», «La permanencia del Yo», «Y vi sobre mi cabeza un punto negro...», «La moral sin dogma», etc.

Todos estos artículos yo pensaba agruparlos un día en un volumen que se llamaría «Chamarasca».

En Méjico perdí a causa de la revolución felixista y la traición de Huerta, un pequeño poema en tres cantos: «María», y algunas otras composiciones. El poemita en referencia, como «Apocalipsis» (que nunca pasó del segundo canto), fué un ensayo juvenil y adolece de grandes defectos; pero contenía algunas bellezas. También perdí una biblioteca selecta con documentos y libros de inestimable valor.

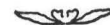
Entre mis proyectos literarios, estaba el escribir una novela histórica titulada «Morazán», sobre un episodio de la vida de este capitán en Costa Rica, y otra novela, muy humana y muy divina: «Incesto», título inevitable, aunque existe una obra de E. Zamacois con ese título: pues el tema así lo exige. En esa novela, por una curiosa paradoja, lo moral venía a ser precisamente lo inmoral, y viceversa. El difícil problema

se desenlazaba, como dejo dicho, del modo más humano... y divino posible.

En resumen: he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena... ¿Quién sabe? Puede que de vivir cien años, tampoco hubiera realizado nada digno de memoria. A lo menos, réstame el consuelo de que ningún Homero ni Lucano fenece, y ese mismo consuelo debe quedarle a las generaciones. Lo siento por los tipógrafos e impresores, a quienes hubiera dado algún trabajo.

ROGELIO FERNANDEZ GÜELL

Costa Rica, enero de 1918.



A la meva esposa

En altre qu' en ta llengua armoniosa
no vull, aymada esposa,
els lliris oferirte y les roselles
del pom dels cántichs meus.

Del jardí de ma Patria son poncelles
que al véuret tan hermosa
esclatan en fragancias a tos peus.

Si les roses que 't dono, amorosida,
les reculls ab ma vida
y en lo cel de ton pit, com flors de gloria
les contemplo brillar;
si no s' pert el meu cant en ta memoria
com un llum que s' apaga y que s' oblida,
¿qué més puch desitjar?

Baltimore, 1909

Traducción.—A mi esposa.

En lengua que no sea tu lengua armoniosa—no quiero—amada
esposa—ofrecerte los lirios y las rosas—del ramo de mis cánticos.—
Del jardín de mi patria son botones—que al verte tan hermosa—re-
vientan en fragancias a tus pies.

Si las rosas que te doy, amorosa—con mi vida recoges, y en el cie-
lo de tu pecho, como flores de gloria, las contemplo brillar;—si no se
pierde mi canto en tu memoria—como luz que se apaga y que se ol-
vida,—¿qué más puedo desear?